



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

Sacerdotes, testigos del amor de Dios

Lanzamos, un año más, la campaña vocacional en nuestra Diócesis. Y nos lanzamos con ella a una acción conjunta, organizada y eficaz en pro de nuevas vocaciones, es decir, de nuevos aspirantes al sacerdocio. La fiesta de S. José y con ella el Día del Seminario, está a dos pasos.

Quienes estamos consagrados al Señor, no sólo por el Bautismo, sino también por el sacramento del Orden, vivimos con gozo el amor que Dios nos tiene -amor de predilección-, que es el amor que cada uno de nosotros tiene a los hermanos. Un solo amor.

Dedicados como estamos a predicar la Palabra de Dios, celebrar los sacramentos y guiar a las comunidades que nos han sido encomendadas, somos también testigos cualificados de ese amor que Dios nos tiene, es decir, del “don recibido que, por naturaleza tiende a convertirse en don dado”.

De ahí que tratemos de movernos, con todos los religiosos y religiosas de nuestro entorno, para difundir, contagiar y compartir dicho amor de Dios. Sabemos que “el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana”. Este amor divino que “porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un **Nosotros**, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea ‘todo para todos’” (cf 1Cor 15,28).

Son muchos, sin duda alguna, los niños y jóvenes de nuestros pueblos y ciudades que no han pensado en orientar su vida hacia un futuro esperanzador. Más todavía, hay padres y educadores que dicen: No les hablemos de vocación, porque van a dar una respuesta negativa... Pues bien, digo yo, si nos la dan negativa, ya responden a la pregunta, que es siempre invitación. Si responden diciendo que lo van a pensar o que ya están decididos, nuestra Iglesia Diocesana podrá contar con ellos.

La vocación, como regalo de Dios, tiene mucho que ver con el amor que Él, Padre misericordioso, nos tiene. El Seminario es comunidad de amor entre hermanos, que se quieren bien y se ayudan a madurar, humana y

espiritualmente. Cada sacerdote es testigo cualificado de este amor maravilloso.

De ahí nuestro proyecto de nuevas y acariciadas acciones para invitar a muchos adolescentes y jóvenes a que vean dónde se necesita amor y actúen en consecuencia. ¿Cómo? Dejándolo todo, como los primeros apóstoles, y viviendo en intimidad con Jesús.

Después serán también enviados, como lo hemos sido nosotros. Y darán, también ellos, testimonio con su vida. Serán testigos del amor de Dios.

Ved, queridos jóvenes, qué página tan bella escribe el Hermano Rafael, y dad vuestra respuesta, cada uno la suya, con la generosidad con que la dio él. Por eso hoy está en los altares. Pronto, si Dios quiere, será San Rafael:

“Suponte que tú estás en tu casa enfermo, lleno de cuidados y atenciones, casi tullido, inútil..., incapaz de valerte en una palabra. Pero un día vieras pasar debajo de tu ventana a Jesús... Si vieras que a Jesús le seguían una turba de pecadores, de enfermos, de leprosos. Si vieras que Jesús te llamaba y te **daba** un puesto en su séquito, y te mirase con ojos divinos que desprendían amor, ternura, perdón y te dijese: ¿por qué no me sigues?... ¿Tú, qué harías? ¿Acaso le ibas a responder... Señor, te seguiría si me dieras un enfermero..., si me dieras medios para seguirte con **comodidad** y sin peligro de mi salud... Te seguiría si estuviera sano y fuerte para poderme valer...?”

No, seguro que si hubieras visto la dulzura de los ojos de Jesús, nada de eso le hubieras dicho, sino que te hubieras levantado de tu lecho, sin pensar en tus cuidados, sin pensar en ti para nada, te hubieras unido, aunque hubiera sido **el último**..., fíjate bien, el último, a la comitiva de Jesús, y le hubieras dicho: Voy, Señor, no me importan mis dolencias, ni la muerte, ni comer, ni dormir... Si Tú me admites, voy. Si Tú quieres puedes sanarme... No me importa que el camino por donde me lleves sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas. No me importa si quieres que muera contigo en una Cruz...

Voy, Señor, porque eres Tú el que me guía. Eres Tú el que me promete una recompensa eterna. Eres Tú el que perdona, el que salva... Eres Tú el único que llena mi alma.

Fuera cuidados de lo que me pueda ocurrir en el porvenir. Fuera miedos humanos, que siendo Jesús de Nazaret el que guía..., ¿qué hay que temer?

¿No te parece, hermano, que tú le hubieras seguido, y nada del mundo, ni de ti mismo, te hubiera importado? Pues eso es lo que a mí me pasa”.¹

¹ H. Rafael. Obras completas.
Monte Carmelo, 1999, C (187)-966

A Santa María, Madre de Jesús y Madre nuestra -es la oración de estos días- rezamos juntos:

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús.
Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante